

# GATLÁNTIDA

ANNA STAROBINETS





# CAPÍTULO 1

## EL GATO MÁS RESPETADO

**A** Baguette, el gato, le encantaba tumbarse en la ventana para mirar a los pájaros. Los pájaros no le tenían miedo. Para empezar, sus cerebros eran cerebros de pájaro, y se olvidaban siempre de que los gatos eran cazadores. Para seguir, los más espabilados sabían que Baguette no los miraba como el que mira a una presa, sino desde un punto de vista filosófico. No tenía intención de atacarlos porque la familia Petrov, de la que Baguette formaba parte, vivía en el duodécimo piso de un edificio de apartamentos. Por tanto, la ventana en la que se tumbaba Baguette estaba también en el duodécimo piso. Baguette era un gato muy listo y no tenía la menor intención de saltar desde tan arriba.

La ventana era en realidad dos ventanas, una dentro y otra afuera, para aislar la casa del ruido y los elementos. Mamá solía abrir las dos para que entrara la brisa invernal, y en el alfeizar que separaba ambas era donde a Baguette le gustaba tumbarse. Elegía siempre la postura más cómoda, con la cola anaranjada colgando hacia el interior de la habitación, los bigotes asomados afuera y la barriga aterciopelada en la escasa superficie entre los paños. Y, para no caerse, las veinte uñas clavadas con firmeza.

—¡Cielos! —gritaba Mamá Petrov siempre que veía a Baguette en esa posición. Aquella vez llamó a su marido—. Hay que poner una mosquitera en esa ventana, por Dios santo. Hazlo por la salud y seguridad de nuestro gato.

—¡Una mosquitera! —dijo Papá Petrov—. ¿Qué tipo de mosquitera?

—De las que se ponen para las moscas y mosquitos.

—Ah. —Papá frunció el ceño—. Una cosa de esas finas, como sintéticas... ¿Te he entendido bien, querida?

—Sí, querido.

—Mmm, lo pensaré..., pero antes quiero confirmar una cosa. ¿Te he entendido bien? ¿No sientes el menor respeto hacia nuestro gato?

Mamá se mordió el labio. Era una acusación grave. Porque toda la familia Petrov (Mamá, Papá, las dos abuelas, los dos abuelos, la pequeña Polina y Vadik, su hermano mayor, y hasta Cabezadura, el perro) sentía un gran respeto hacia Baguette desde su heroica hazaña.

—¿No respetas al gato que arriesgó la vida por nuestra familia? —siguió Papá—. ¿El gato que viajó en el tiempo y se aventuró en la Tierra de las Niñas Buenas? ¿El valeroso gato que se enfrentó con valor a un ejército de relojes que daban la hora y rescató a nuestra amada hija Polina del mundo del pasado? ¿¡Cómo puedes faltarle al respeto a semejante gato!?

Papá enfatizó la frase apuntando en dirección a Baguette, que seguía sentado como si nada en la ventana abierta al tiempo que miraba a los pájaros con ojos filosóficos y hacía como si no los estuviera oyendo.

—¿Qué te hace pensar semejante cosa, querido? —protestó Mamá con voz temblorosa—. Siento hacia él el más profundo de los respetos.

—En ese caso, querida, explícame cómo se te ha pasado por la cabeza eso de la mosquitera. ¿Comparas a un gato con un mosquito?

—No era mi...

—¡A un gato inteligente con un mosquito bobalicón!  
¿En serio crees que una tela sintética sería rival para nuestro Baguette? ¿Dudas de que podría hacerla trizas con las zarpas? ¿O te parece que se limitará a agitar las alas y a zumbar?

—Tienes toda la razón, querido —asintió Mamá—. Una mosquitera no servirá de nada. ¡Pero tenemos que pensar en su seguridad! ¿Qué tal si ponemos unos barrotes?

—¿Qué?

—Barrotes.

—¿Barrotes? —preguntó Papá—. ¿Has dicho barrotes? ¿De esos metálicos?

—Sí, querido, de esos metálicos. De los que se ponen para impedir que entren ladrones.

—¿Como en una cárcel?

—Sí, bueno, pero es por su propio bien... ¡Por su salud y seguridad!

—¡Es que no me lo puedo creer! —Papá recorrió la habitación a zancadas. Echaba humo por las orejas—. Así que ahora dices que sientes tan poco respeto hacia nuestro gato que vamos a transformar la casa en una prisión felina, ¡por su propio bien! ¡Vamos a encerrar a un animal libre! ¡Vamos a instalar barrotes! ¡A humillar a este ser sobre-

humano a la vista de nuestros vecinos, a la vista de sus amigos y conocidos! ¿Lo estás diciendo en serio?

Baguette movió la cola, nervioso, al ritmo del discurso de Papá. Estaba casi cien por cien seguro de que los Petrov no iban a poner barrotes en la ventana, pero la sola idea le resultaba preocupante, y cualquier preocupación relativa a ese tema alteraba su equilibrio mental. Se le empezaría a caer el pelo y sentiría la necesidad de saltar desde la ventana. En semejante situación de desequilibrio un gato no debía tumbarse en la ventana abierta de un duodécimo piso.

—¡Barrotes! ¡Para humillar a nuestro gato a ojos de su novia! —siguió Papá.

—Es demasiado joven, no tiene novia —apuntó Mamá, pero sin mucha convicción.

—Pues yo estoy seguro de que sí —mantuvo Papá—. A ti te sigue pareciendo un gatito, pero hace tiempo ya que es todo un hombre.





## CAPÍTULO 2

### AMOR Y BARROTES

**P**apá tenía razón: Baguette estaba enamorado. Su amada respondía al nombre de Ronriana y era esbelta, atigrada, con una nariz tan rosada como un capullo y bigotes tan blancos como la nieve de Año Nuevo, y un pelaje que brillaba como un collar de diamantes. Baguette la ronronaba todas las noches desde su ventana. Ronriana adoraba aquellas ronronatas, adoraba a Baguette y... y... y era una gata callejera.

Eso explica por qué Baguette se alteraba tanto cuando los Petrov hablaban de poner barrotes en la ventana. ¡Para un gato casero no había nada más humillante que ronronar a su amada desde detrás de unos barrotes!

—¿Y qué más da? —Cabezadura, el perro, estaba muy sorprendido—. Con barrotes, sin barrotes, es lo mismo. Si te quiere, ni los verá.

—El único que no ve los barrotes eres tú, Cabezadura. —Baguette sacó las uñas en un gesto involuntario—. ¡Si ni te das cuenta de que llevas collar!

—¿Qué tiene de malo mi collar?

Cabezadura empezó a retorcerse para tratar de verse el collar y sus posibles defectos.

—¿Cómo que qué tiene de malo? —dijo Baguette—. Mira, como se les ocurriera ponerme un collar a mí, no sé qué... En fin, que yo no toleraría una humillación semejante. Te cogería la correa y me ahorcaría... con ese mismo collar.

—¿Por qué?

—Porque la libertad es lo más importante. Soy un gato libre y nada...

—Si eres libre, ¿por qué no sales, amigo mío? —inquirió Cabezadura—. ¿Por qué sigues aquí, en cautiverio, comiendo nuestro pan y...?

—Yo no como pan.

—Pero sí comes nuestro pescado y nuestro pollo, duermes en una cama humana, te calientas junto al radiador, vas mendigando caricias...

—¡Yo no mendigo nada!

—Dejas que te rasquen detrás de las orejas. ¿Eso te parece libertad?

—Es la libertad que me gusta —replicó Baguette con el ceño fruncido—. Libertad casera. Pero no permitiré que se restrinja con barrotes. Si Ronriana ve un solo barroto dejará de quererme. Es cuestión de estatus, Cabezadura. Sin barrotes eres un gato casero libre que puede ronronar a su amada desde una ventana abierta y ofrecerle todo aquello de lo que tú disfrutas: la comodidad de un hogar, calefacción central, tres comidas al día, masaje profesional detrás de las orejas, una caja de arena limpia, sábanas planchadas, vitaminas para el pelaje, atención veterinaria... En resumen, estabilidad. Pero si cantas desde detrás de unos barrotes lo que le ofreces es... Bueno, nada. Ve bien claro que no tienes control sobre tu propia vida y prefiere quedarse en las calles. Elige el callejeo. Se marcha. Se marcha con el gato negro, Noir.

Noir, el gato negro, también era callejero. Vivía en el callejón, junto al contenedor de basura, cazaba palomas y comía desperdicios. En cierta ocasión se comió a un periquito imprudente que había salido por la ventana de un apartamento próximo. En otra, atrapó y devoró al háms-

ter de un vecino. Y ambos crímenes quedaron sin castigo. Todo el que podía se mantenía a buena distancia de Noir y de su contenedor de basura. No cabía duda: Noir no era un simple gato negro; era completamente negro, extremadamente negro, negro como el carbón. No tenía ni un pelo que no fuera negro. Y un gato así nunca auguraba nada bueno.

—Polina, cariño, saca la basura, por favor. Pero no la tires al contenedor que hay más cerca, ve al otro —la avisaba su madre.

—¿Por qué? —preguntaba Polina—. El que está más cerca está más cerca...

—Sí, querida —asentía su madre con tristeza—, pero ahí hay un gato negro, ¡y se podría cruzar en tu camino!

—¿Y qué? Que se cruce en mi camino, a mí no me importa.

—¡No! Si se te cruza un gato negro, tendrás mala suerte.

—¿Por qué?

—Es un presagio.

—¿Qué es un presagio?

—Un presagio es una especie de ley. Una ley mágica.

—Ah, vale. Entonces, ¿por qué no quita nuestro presidente esa tontería de ley?

—El presidente no puede quitar las leyes mágicas. Tiene que obedecerlas, igual que todo el mundo.

—Entonces, ¿al presidente también le dan miedo los gatos negros?

—Pues claro —asintió Mamá—. Claro que le dan miedo.



# CAPÍTULO 3

## EL COMPROMISO

Solo los más valientes, como Papá Petrov, se atrevían a tirar la basura en el contenedor donde vivía Noir. En realidad, hasta el valeroso Papá Petrov se atrevía solamente si iba con Cabezadura. La cosa se desarrollaba de la siguiente manera: Cabezadura gruñía para asustar a Noir, Papá tiraba la basura a toda prisa y los dos escapaban corriendo de aquel peligroso reino de los desperdicios.

Una vez de vuelta en el edificio donde se encontraba el apartamento, los recibió la adorada de Baguette, Ronriana. Cabezadura nunca le gruñía, pero no porque la gata le cayera bien. No compartía los gustos de Baguette y Ronriana le parecía demasiado flaca, demasiado reservada. No, le gustaba mucho más Natasha, la bulldog del vecino, de constitución recia y dada a mostrar sus sentimientos sin

reparos. Pero a Cabezadura no se le ocurriría gruñirle a la adorada de su amigo, debido al respeto que sentía por Baguette. Así que agitaba la cola con educación cada vez que veía a Ronriana y ayudaba a los enamorados a comunicarse haciéndoles de cartero. ¿De qué otra manera se podían comunicar un gato casero y una gata callejera si no era mediante cartas de amor?

La caligrafía de Baguette era fuerte y masculina.

*Mi dulce, mi querida Ronriana:*

*El amor que hacia ti siento crece con cada día que pasa y no conoce límites. Mis sentimientos no se pueden expresar en prosa, así que he de recurrir a la poesía. A ti, gata arrebatadora, dedico estos versos:*

*Te amo más que a una sardina,  
más que a mi comida en lata.  
De bigote a cola, bella gata  
de pelo suave y garra fina  
que mi henchido corazón arrebatata.*

*Siempre tuyo,*

*Baguette*



«Rrrr, rrr, rrrr», respondía Ronriana con su letra elegante, florida. «Rrrr, rrr, rrr. Rrrr, rrr».

Casi al final del invierno, Baguette volvió a escribirle:

*Te amo más que a mi vida. Te entrego mi garra y mi corazón. ¿Accederás a ser mi esposa?*

Petición que acompañó con los siguientes versos:

*Te amo más que al pollo, más que a la trucha.*

*Ver tu cola me inspira pasión, mucha.*

*¿Mi anhelo? Un roce de tus bigotes  
que así ponga mi corazón al trote.*

Ronriana le respondió el mismo día:

*Miau. Querido anaranjado, has de saber que no eres  
el primer gato que me ofrece su garra. Sin ir más lejos,  
ayer, Noir, el gato negro, me pidió en matrimonio.*

Baguette se pasó la noche sin dormir (aunque la verdad es que nunca dormía de noche) y, por la mañana, pidió a Cabezadura que le llevara la siguiente nota:

*¡Vas a acabar conmigo, Ronriana! ¿Esa criatura negra quiere casarse contigo? ¡No soporto ni escribir su nombre! ¡Hace que se me ericen los pelos! Me lo imagino cerca de ti y solo me salen siseos rabiosos. Si has accedido a casarte con él, has de saber que o él o yo acabaremos pronto en manos del taxidermista, ¡pues pienso retarlo a duelo! Mis garras afiladas lo destrozarán... Lo destrozaré con mis... O mis garras destrozan su negro corazón o encontraré la muerte en las tuyas. Ahí lo dejo.*

La respuesta de Ronriana fue tranquilizadora:

*¡Qué celoso eres, mi querido anaranjado! ¡Qué suspicaz! ¡Qué osado! Te ruego que no te tortures en vano, pues he rechazado a Noir. Lo he rechazado con suma frialdad. Tú, Baguette, eres el único dueño de mi corazón de momento... este mes... ahora y siempre. Solo me casaré contigo.*

La fecha de la boda felina se fijó para mediados de la primavera.